



COMENTARIO A BERMÚDEZ, NATALIA Y PREVITALI, MARÍA ELENA (ORGS.): *MERODEAR LA CIUDAD*, CÓRDOBA: UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA, 2014, 145 PÁGINAS.

Melina Capucho
LESyC, UNQ

La bienvenida a “*Merodear la ciudad*” (2014) se da a través de dos párrafos que formalmente se presentan como agradecimientos, pero en los cuales se puede ver mucho más que un acto protocolar. En unas pocas palabras explicitan a quien pretenda continuar con la lectura que se encontrará con un trabajo colectivo, el producto de un proceso grupal

que se fue elaborando al correr de experiencias que exceden la escritura. Esta aclaración, tratándose de una compilación de artículos, no es menor, ya que anticipa la existencia de bagajes teóricos comunes, pero también trayectorias compartidas por parte de aquellas personas que aportaron a esta producción.

Son sólo dos párrafos en los cuales se condensa a su vez una forma de presentarse como intelectuales, como cientistas sociales, que se irá detallando a lo largo de las primeras páginas del libro y que parte de explicitar las personas que, como referencias en el campo de estudios que se aborda, han acompañado este proceso de producción colectiva.

La introducción del libro, elaborada por Natalia Bermúdez y María Elena Previtali, funciona como glosario, como marco teórico general pero también como líneas en las que se dejan planteadas las posiciones de quienes comparten la publicación. Sintetizando algunos de los debates centrales en el campo de la antropología, las “organizadoras”—forma de presentarse y toma de posición dentro de lo grupal—abordan la importancia de reflexionar acerca del rol de quienes forman parte de este campo de investigaciones, la manera en que desde los estudios clásicos han construido y definido la otredad y, fundamentalmente, la delimitación entre un “otrx” observadx,

analizadx, y un “nosotrxs” que observa y analiza (16).

Retomando los estudios de Magnani (2002), Geertz (1987), Balbi y Boivin (2007), se ubican dentro de aquellos trabajos antropológicos que permiten abordar el diálogo existente entre los distintos sectores estudiados. Haciendo uso de estrategias metodológicas como la observación, buscan, por un lado, reconocer las continuidades y puntos de contacto entre esto, y, por el otro, problematizar la idea de un “nosotrxs” homogéneo, entendiendo que dicha homogeneización impide identificar tanto las diversidades como los sentidos compartidos o las lógicas internas que operan en sectores sociales que, en tanto se identifica como lo “otro”, es concebido como caótico (9/11).

En este sentido, uno de los aportes fundamentales que hace esta puerta de entrada al libro es el cuestionamiento a la idea de extrañamiento en las ciencias sociales, dando cuenta de cómo influyen los vínculos, sean previos o contruidos a lo largo del trabajo de campo, en la producción académica, sin por ello cuestionar su seriedad o rigurosidad. Pretende así reconocer la riqueza que supone poder romper con la exotización de la realidad observada y generar análisis a partir de la empatía, no como forma de romantizar o desdibujar las distintas

trayectorias de vida o experiencias, sino como modo de devolverle tanto a los objetos como a los análisis sobre estos su heterogeneidad y dinamismo.

“*Merodear la ciudad*” es un libro que convoca, precisamente, a transitar por Córdoba en su diversidad, organizándola a partir de tres secciones. La primera, denominada “Políticas y experiencias de ‘inseguridad’ urbana”, aborda a partir de distintas experiencias, algunos de los múltiples significados de la palabra “inseguridad”, buscando dar cuenta de la relación entre éstos significados y la forma en que distintos sectores viven/sobreviven a la dinámica urbana; la segunda sección, “Transformaciones del espacio urbano y construcción de fronteras materiales, sociales y simbólicas”, incluye acercamientos a sectores de Córdoba muy diversos entre sí, atravesados por puntos comunes que tienen que ver con cómo opera en cada uno de ellos la construcción de la identidad y la otredad; por último, en la tercera sección, titulada “Entramados locales, jóvenes y violencias en las configuraciones espaciales”, se pueden encontrar artículos en los cuales las vivencias de este sector de la población es protagonista.

Esta forma de organizar los artículos es una propuesta de recorrido, entre otras posibles. A lo largo de todo el libro pueden encontrarse puentes, pasillos, veredas

ocupadas más de lo debido, rejas, policías y guardias de seguridad que, al igual que en la vida cotidiana, hacen posible ingeniar otras formas de recorrer. Pueden sortearse las fronteras, materiales y simbólicas, identificando puntos de encuentro, sentidos comunes, o, por el contrario, echando mano a la otredad, es posible profundizar las distancias. La pluralidad de experiencias que se presentan en el trabajo, batalla contra esto último, por lo que aquellas personas que pretendan mantenerse ajenas, extrañas, deberán esforzarse para llegar a *la gruta* de Tomás sin querer dejar, aunque sea, unas flores artificiales (249).

No importa cuando leas esto

Los trabajos que se presentan en *“Merodear la Ciudad”*, particularmente aquellos artículos centrados en la descripción y análisis del impacto de las políticas de seguridad y vivienda en Córdoba, dan cuenta de cómo éstas buscan, en algunos casos de forma explícita y en otras implícitamente, intervenir selectivamente sobre los sectores empobrecidos de la población. Tomando como referencia teórica los trabajos de Reguillo (2006) y Kessler (2007, 2009), buscarán poner en evidencia, por un lado, la forma en que se construye socialmente el temor y cómo las políticas públicas intervienen, en nombre de éste,

profundizando la fragmentación urbana a partir de delimitación de zonas y sectores de la población sobreprotegidos y subprotegidos.

De esta manera, parten de la premisa de que es posible reconocer sectores de la población que, visualizados como grupos homogéneos, son identificados como amenaza, alcanzados selectivamente por el sistema penal, al tiempo que su derecho a la seguridad es desprotegido. La búsqueda de los trabajos compilados en esta publicación tiene que ver entonces no sólo con dar cuenta de ese impacto selectivo de la política criminal, sino también con devolver a los sectores sobre los cuales recae su heterogeneidad, tanto en la relación de la población con las prácticas delictivas como en los sentidos que cobran el miedo y la seguridad para estos grupos.

En este sentido, el desarrollo de los artículos da cuenta tanto del uso abusivo del Código de Ordenamiento Urbano como forma de condicionar la circulación de los jóvenes, pobres, de barrios periféricos por el centro de la ciudad y el hostigamiento policial, como también de la forma en que opera la reubicación de barriadas populares en las periferias de la ciudad a modo de “limpieza” del centro urbano. Estos aspectos son desarrollados con claridad los trabajos de Hathazy, Oviedo y Alday, donde se aborda las distintas formas en que los programas de

seguridad del gobierno provincial, particularmente los llevados adelante por De la Sota, impactan sobre la posibilidad que tienen los jóvenes de ejercer derechos tan elementales como a circular por la ciudad y trabajar.

Es cierto que las descripciones de los sujetos sobre los que recae la selectividad penal en las distintas experiencias cordobesas que se presentan en el libro, sobre todo volviendo a su lectura cinco años después de la publicación, no generan mayor asombro. Sin embargo, éstas caracterizaciones, sumado a los fundamentos sobre los que se basan las políticas públicas de seguridad y los discursos en torno a la problemática que señalan los artículos, dan cuenta de cómo quién es “un choro”, aún por fuera de la evaluación de resultados, nunca se pone en duda, no importa cuándo leas esto (99).

Otros nosotros

Uno de los ejes que atraviesa los trabajos que componen el libro tiene que ver con la forma en que en distintos espacios se constituye la identidad, el modo en que se conforma un “nosotros” al cual se pertenece y “otro” externo, ajeno, amenazante. Este tipo de análisis, tiene una larga trayectoria en las ciencias sociales y “*Merodear la Ciudad*” podría sumarse a lista y pasar desapercibido. Sin embargo, uno de los aportes que realizan los trabajos que

aquí se presentan es que logran dar cuenta dos cuestiones relevantes: por un lado, la heterogeneidad dentro del “nosotros”, las tensiones y alianzas que, según plantean lxs mismxs autorxs, se dejan ver cuando los acercamientos a distintos sectores de la sociedad se realizan alejándose de los estudios de la “cultura de la pobreza” o de las “subculturas” (Lewis, 1970). En este sentido, Sotomayor plantea, siguiendo a Valentine, que “para acceder a la comprensión de estas prácticas [en su caso, el vínculo con la muerte en un barrio empobrecido] es necesario comprender la trama de relaciones que subyace a los procesos de organización social” (241).

Por otro lado, aquello que es observado en cada uno de los artículos da cuenta de cómo las construcciones “nosotros/ellos” pueden reconocerse en relaciones de lo más diversas. Señalaré aquí dos que resultan llamativas: en primer lugar, cómo opera esta categorización en el análisis de Bermúdez, quien desarrolla la manera en que la forma de nombrarse funciona como estrategia para acceder al reconocimiento como parte de un grupo mayor que excede los límites del propio barrio e incluso busca interpelar al Estado. A su vez, en el mismo trabajo aborda cómo el hecho de que la identidad opere como estrategia ordena, legitima y delimita la pertenencia de quienes forman parte del barrio en las instancias organizativas (105/127).

En el mismo sentido se encuentra el trabajo realizado por Bartolozzi y Koopmann, quienes dan cuenta cómo la forma de denominar el espacio en el que se vive funciona a modo de presentación hacia el afuera, como manera de legitimarse frente al Estado, pero también como reguladora de la grupalidad. “*Ser una cooperativa, no un barrio*” viene a señalar quiénes son parte, en tanto cumplen con las tareas que supone sostener esa identidad y quiénes no lo son, sólo se benefician de ella y/u obstaculizan su trabajo (189/221).

Nosotras

A lo largo de los distintos artículos es posible reconocer el lugar que tienen las mujeres y cómo se consolida la identidad grupal teniendo como centro la composición de género. Ahora bien, esta dimensión sólo se verá planteada como punto específico del análisis en el texto de Previtali, quien no sólo incluye en el uso del lenguaje a “las chicas”, sino que aborda las particularidades que tienen sus prácticas grupales (233).

De todas maneras, aun cuando el análisis desde la perspectiva de género no es mencionado como uno de los propósitos de la publicación, este emerge como una clave de lectura. En este sentido, es posible identificar el impacto que tienen las mujeres en las dinámicas barriales, en la

conformación de grupos, como es el caso de la comisión directiva en la Cooperativa Las Cuatro Banderas abordado en el trabajo de Bartolozzi y Koopmann (203), o la forma en que vínculo entre ellas sobrepasa los criterios de inclusión/exclusión que se establecen en los ámbitos colectivos, como se evidencia en el artículo de Bermúdez respecto a la delimitación de quienes pueden y quienes no encuadrar la muerte de sus familiares en lo que se reconoce como “muertes injustas” para “la Asociación” (115).

En colectivo

Para finalizar, quisiera destacar un aporte fundamental que realiza “*Merodear la ciudad*” que excede el ámbito de la academia: la puesta en valor de las respuestas colectivas a problemáticas estructurales. En este punto, el hecho de tratarse de trabajos situados en Córdoba no es un dato menor, ya que se trata de la provincia en la cual surge una experiencia fundamental en la lucha contra la violencia institucional como es la Marcha de La Gorra.

Pero lo interesante del libro no sólo tiene que ver con esa gran experiencia organizativa, referencia a nivel nacional, sino también con la recuperación que se realiza a lo largo de los diferentes artículos de las estrategias que se dan los distintos grupos frente a problemas diversos como

pueden ser la organización de las tareas en una zona inhabitable para transformarla en barrio, la manera de interpelar al Estado respecto de las particularidades que asume la inseguridad en las zonas empobrecidas, las estrategias grupales de la juventud para “ambientar” (entendido como forma de estar en un espacio que es a la vez público y privado) los espacios en los que viven, vincularse, evitar o incluso provocar conflictos. Se trata de mostrar un andar en colectivo que presenta un doble significado: como grupalidad y como medio, de transporte, pero también estrategia, para poder trabajar, para socializar, para ejercer plenamente el derecho a “pasear” por la ciudad.